

IN MEMORIAM

SEYMOUR S. KETY, PSICOBIOLOGO
(1915-2000)

Seymour S. Kety ha muerto después de una larga vida dedicada a la investigación psiquiátrica, o como él prefería denominarla más adecuadamente, a la psicobiología. Enumerar sus contribuciones al campo sería demasiado extenso e impersonal para alguien que tuvo la fortuna de tratarlo de cerca en calidad de alumno y protegido. Sin embargo, para comprender su personalidad científica, sí es necesario subrayar que Kety sufrió varias transformaciones notables durante su carrera. Al menos se le recordará por contribuciones clásicas en tres campos dispares de la indagación neuropsiquiátrica; me refiero a los estudios sobre la circulación y oxigenación cerebral que son los fundamentos metódicos de las imágenes cerebrales actuales, a sus aportaciones sobre el papel de las catecolaminas cerebrales en la transmisión nerviosa y las actividades mentales normales o patológicas que empujaron la era molecular de la psiquiatría, y sus estudios poblacionales sobre la genética de la esquizofrenia realizados en colaboración con los daneses, que resultaron de un intenso interés y controversia para la especialidad y sus adversarios. Esta simple lista lo acredita como neurofisiólogo, neuroquímico, psiquiatra, epidemiólogo y genetista. Quizás para no tener que desglosar estos y otros epítetos convenga concordar con él en que se trataba sencillamente de un psicobiólogo, un investigador interesado en las bases y fundamentos biológicos de la mente. Esta es mi primera gratitud con él: la idea de que es posible en los tiempos que corren de ser un psicobiólogo, es decir un curioso de amplio espectro en una interdisciplina dura, la que tiene como objeto la relación mente-cuerpo.

Kety publicó un trabajo en *Science*, en el año 60, que trataba precisamente de esa relación. Su cultura académica le permitía también abordar este tema de la filosofía de la ciencia. En este artículo contaba una ingeniosa parábola. Supongamos que en el futuro remoto encuentran un libro cuando toda escritura ha desaparecido de la Tierra. Como se trata evidentemente de una

forma inteligente de comunicación, es necesario descifrarlo. El anatomista lo describe, pesa y mide; el histólogo encuentra su textura microscópica, el químico separa a la celulosa como el principal componente del papel: Nada de esto ayuda a descifrarlo. Los fisiólogos listan los signos, reconocen algunas secuencias de ellos que se repiten, llegan a indagar algunas reglas de sintaxis, pero la clave del significado nunca se encuentra. No es necesario decir que el libro es el cerebro y el significado la mente. Kety, un psicobiólogo pragmático y eficiente, se decía dualista, pero un dualista feliz porque no le causaba conflicto la dicotomía, como nos la causa a muchos de las siguientes generaciones. Fue quizás uno de los últimos psicobiólogos anglosajones dualistas, de la estirpe de Sherrington, Penfield o Eccles. Pero lo dicho es suficiente del científico y pensador porque me quiero referir ahora más concretamente a la personalidad de Seymour Kety.

El año de 1969 Kety dio un par de conferencias en México. Me le acerqué con la solicitud de trabajar en su laboratorio. Se mostró abierto e interesado. Lo llevé a los toros, a los barrios bajos y altos de la ciudad, al laboratorio del maestro Dionisio Nieto donde me entrenaba. Kety estaba instalando los Laboratorios de Investigación Psiquiátrica en el Departamento de Psiquiatría del Hospital General de Massachusetts, en Boston. Cuando finalmente pude llegar allí en junio de 1970, Kety salía por el verano a hacer una estancia en el *Collège de France*. En un gesto de increíble confianza y desprendimiento, Kety y su esposa Josephine nos prestaron su casa y su coche, un Mustang convertible con una calcomanía que me permitía estacionarme en el lugar de los profesores en el famoso hospital. A pesar de esto llegué con el rabo entre las piernas a la catedral del saber. Cuando le pregunté lo que debía hacer me contestó que lo que yo quisiera. Esto me tomó por sorpresa: debía desarrollar una línea original, algo mucho más difícil que sumarme a un proyecto existente. Mientras estuvo fuera afiné una idea que venía trabajando con el maestro Nieto: una estrategia de

intersección y contraste para producir un modelo animal de psicosis y probarlo usando a la serotonina cerebral como sonda neuroquímica. Kety aprobó el proyecto después de análisis y juicios muy agudos y eruditos. Me quedó claro que podía hacer lo que quisiera, pero sometido a una crítica muy intensa. Los dos años de mi estancia allí y las múltiples visitas posteriores durante la década de los años 70 fueron intensamente formativos. Kety gozaba de un cuantioso donativo de los Institutos de la Salud Mental. No había en el laboratorio el ambiente que se ha recrudecido desde entonces de competencia y presión por publicar. Kety no creía en posgrados ni en objetivos concretos a corto plazo. Le gustaban los investigadores iconoclastas y audaces, lo cual era para mí un incentivo mucho más peliagudo que un doctorado o una publicación.

Su estilo personal de investigar y coordinar grupos de investigación vino a ser intensamente respaldado cuando a su protegido y colaborador, Julius Axelrod, le dieron el premio Nobel por sus aportaciones sobre el metabolismo de las catecolaminas, junto con Bernard Katz y Ulf von Euler, en 1970. El premio se anunció en un congreso en Nueva York, con lo cual todos en el auditorio nos pusimos de pie para brindarle una cálida y prolongada ovación. Julie, como le decía Kety, tomó el estrado, dijo escuetamente “gracias” y empezó su conferencia sin inmutarse. Axelrod no creía en los estudios formales prolongados. Recibió un doctorado honorario por la Universidad de George Washington en 1955 para poder acceder a una plaza de los Institutos de la Salud. Se decía en el grupo que a duras penas había acabado su educación formal porque se metió al laboratorio de Kety y empezó a trabajar como químico con total dedicación y originalidad. En México, este premio Nobel hubiera tenido dificultades con el Sistema Nacional de Investigadores. Esta actitud la tuvo Kety también conmigo. En México se

empezaban a exigir los doctorados a los investigadores por lo que, con cierta reticencia, le mencioné a Kety si podría seguir alguno en Harvard, puesto que los Laboratorios de Investigación Psiquiátrica que dirigía estaban afiliados también a la famosa universidad. Me contestó afablemente que era más que suficiente con ser médico y que me pusiera a trabajar sin distracciones innecesarias.

Lo cortés y lo abierto no le quitaba a Kety lo intensamente crítico. A veces los miembros del laboratorio, entre quienes estaban Ross Baldessarini, Steve Matthysse, Jeffrey Gilbert y Joseph Lipinski, además de los graduados extranjeros (Matti O. Hutunen, de Finlandia, Manfred Karobath, de Austria, y yo) sentíamos nuestro trabajo severamente enjuiciado. Con el tiempo esta semilla de crítica se le revirtió porque en su propio laboratorio surgió una valoración muy estricta y hasta cierto punto devastadora sobre sus estudios acerca de la genética de la esquizofrenia y que eran en ese momento sumamente célebres en el campo mundial de la psiquiatría. La polémica más fuerte ocurrió entonces en su propia casa y sus alumnos fueron sus analistas más exigentes.

Años después Kety regresó a los Institutos Nacionales de la Salud en una posición de retiro activo. Era Profesor Emérito de Neurociencia del Departamento de Psiquiatría de Harvard y *Senior Psychobiologist* del Mailman Research Center (Hospital McLean) en el que se ubica actualmente el grupo de trabajo al que hice alusión arriba.

Como se puede ver tengo mucho que agradecerle y por qué recordarlo. ¡Hasta siempre, Seymour, *magister psychobiologiae!*

José Luis Díaz
Centro de Neurobiología. UNAM
Juriquilla, Querétaro